

Las otras, que á su lado presurosas
Caminan, de sustancias amorosas
Y gomas delicadas
A embalsamar el cuerpo preparadas,
Cargadas van, y á su dolor se mira
Que da alguna templanza
La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira
La dormida region, un trueno ronco
Como de espanto temblor los aires hiende:
La losa del sepulcro se desprende
Como impetuosa de robusto brazo,
Y al rudo estruendo, bronco,
Los guardas semi-muertos de pavura
Unos sobre otros ruedan al ribazo,
Los rostros contra el suelo,
En redor de la eterna sepultura.
Y las santas mujeres, cuyo celo
Y acrisolado amor no abandonara
A Jesus, ni aun al mismo pié del ara,
Retroceden ahora temblorosas,
Temiendo repetidas
Ver aquellas escenas espantosas
Nunca en el bajo mundo sucedidas,
Que acompañaron el postrer momento
Del Sumo Emperador del firmamento.

Pero un ángel divino,
Cuya inmortal, flotante vestidura
Escedía en blancura
A la nieve que el ábrego amontona
En la cumbre, del Líbano corona,
Al sol iluminada matutino:
Sentado del sepulcro en la ancha losa,
Con voz cuanto benigna, cariñosa,
A las santas mujeres animaba
Y á penetrar en él las convidaba.
"No temais, les decía:
Sé que buscáis al hijo de MARÍA
Que fué sacrificado;
Mas aquí ya no está: como lo habia
Dicho, ha resucitado
Al alba pura del tercero día:
Llegad, y ver podeis dónde pusieron
Al Señor, los que aquí le condujeron."
Y las santas mujeres se acercaron,
Y en el sepulcro entraron,
Y las fajas de mirra perfumadas,
Y el sudario vacío, penetradas
De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso
Tronco de un viejo olivo que se alzaba
No muy lejos de allí, su rostro hermoso
De admiración radiante y a'gría,
Con un jóven del pueblo conversaba
En voz que apenas el aire percibía.
Aquel que el tosco traje revestia
De un pobre labrador, era el eterno
Triunfador del pecado y del infierno;
El Redentor, que al mundo
Un instante volvía

Desde el fondo del bátrato profundo!
—Miriam en sus entrañas maternas
Probó entonces tal suma
De júbilo y placeres celestiales,
Que describirlo no es de humana pluma,
Ni contarle de lenguas terrenales;
Ni pudieran los miseros mortales
Sentirlo ni aun en parte reducida,
Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles trascurrieron,
Salió Jesus de la ciudad, seguido
De aquellos que en su amor, ha preferido;
Y juntos dirigieron
Sus pasos de Betania á las alturas;
Allí de do descubren las llanuras
De Jericó, y las aguas estancadas
Del Muerto mar, y las corrientes puras
Del Jordan apacible, sus pisadas
Detuvo la piadosa comitiva.
Y allí por vez postrera,
La fuente de agua viva
A raudales brotó libre y fecunda,
La creación entera
A rescatar de servidumbre fiera,
De aquel que en el error su imperio funda.

LA ASCENSION.

II.

Las últimas miradas
Fijas aún en los que atrás se deja,
Las manos levantadas,
Bendice y aconseja
La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento,
Como se va en los aires elevando
Suavísimo contento,
Del cielo fué bajando,
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
Se ciernen por millares de millares
Los fúlgidos querubines;
Y las tierras y mares
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
Del mar: callan los vientos bramadores,
Y el céfiro dormido
Se oculta entre las flores
Fijas sobre sus tallos cimbradores;

Y hombre, ni bruto, ni ave,
Hubo alguno que osado interrumpiera
Aquel silencio grave;
Y hasta en la azul esfera
Detuvieron los astros su carrera.

MARIA EN EFESO.

III.

En el negro horizonte
Del Gólgota, de sangre enrojecido,
Miro el *Sol de Justicia*, oscurecido;
Mas sobre el hondo valle y alto monte,
Con mas benigna llama,
Luz y grato calor al par derrama
La *Estrella de los mares*,
Del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa
Sus rayos puros en la patria amada;
En tierra de Sion muy apartada
Con la de *Magdalum* jóven hermosa,
Y Juan, el preferido,
Que al destierro á las dos ha conducido,
Vive, esperando el día
De á la mansion volar de la alegría.

En Efeso, altanera,
Se refugió Miriam, del odio insano
Por escapar del opresor romano,
Que con soberbia impía y saña fiera
Persigue á los que oyeron
La voz del Salvador, y la siguieron,
De los dioses mentidos
Los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora
La tierra del Señor santificada,
Por Juan y Magdalena acompañada,
MARÍA, de los ángeles señora;
Empero el sumo instante
Se acerca, en que ya libre el alma amante
De sustos y dolores,
Vuele hácia la region de los amores.

IV.

En la ribera undosa
Del bello mar Icaro,
Del astro vespertino
Al moribundo rayo,
Ocultas en la sombra
Al pié de algun peñasco,
Se miran dos mujeres
Cubiertas con sus mantos.
Miriam y Magdalena
Son, que los lares patrios
Recuerdan afligidas
En el confin extraño.
Y Efeso en vano ostenta
Sus torres y palacios,
Sus plácidos jardines,
Sus muros almenados,
Sus límpidos arroyos
Y sus feraces campos;

Que en calma religiosa,
La creación asiste conmovida
A la ascension gloriosa;
Y un instante la vida
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
Sigue del Redentor el blando vuelo
La santa muchedumbre,
Con amoroso anhelo;
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla
El suave fulgor de su semblante,
Cuando una nubecilla
Se puso por delante
Entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,
Trono en el cual á su feliz morada
El Rey del cielo sube!
¡O tierra malhadada,
De tan sumo tesoro despojada!

¡Qué habrá en el triste suelo
De hoy mas, sino tinieblas y amargura,
E interminable duelo;
Si pierde ¡ó desventura!
Al que es de todo bien la fuente pura?

¡A do volver los ojos
De amarguísimo llanto escandecidos,
Que no encuentren enojos;
Si están oscurecidos,
De la luz celestial desposeidos?

¡Cómo gozar amores
De aquel inmenso amor abandonados?
¡Ni cómo los furores
Burlar de crudos hados,
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el Sér divino,
En prenda nos dejó de eterna alianza,
Un faro diamantino,
Que alumbraba en lontananza
La límpida region de la esperanza!

La fé imperecedera,
Claro destello de la eterna lumbre,
Que en la mortal carrera,
De nuestra servidumbre
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
En medio á las borrascas de la vida;
Suma virtud del alma,
Jamás enflaquecida
Aun del bátrato mismo combatida.

Hija, en fin, predilecta
Del supremo Señor de lo creado;
Tan pura y tan perfecta,
Que el arcángel malvado
Aun la guarda en el reino del pecado!

Y en vano, en régia pompa,
Los montes y los llanos
Se cubren de áureas mieses,
Pastores y rebaños:
Lamentan ¡ay! las tristes,
Del caro suelo patrio
Las abrasadas lomas,
Los ásperos collados;
¡Que el alma nunca olvida
Del pobre desterrado,
Aquel hogar paterno
Do efimeros pasaron
Sin penas ni zozobras,
Sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras
Del arroyuelo claro,
Ni el céfiro apacible
Que alienta sobre el prado,
Ni el poderoso muro,
Ni el opulento fausto,
Ni, en fin, los bienes todos
Del suelo hospitalario?
—Allí, nada recuerda
Del Redentor los pasos;
Ni mármoles piadosos
Conservan encerrados
Allí de sus mayores
Los restos venerandos.
Por esto en las orillas
Del piélago salado,
Tal vez siguen sus ojos
Algun velero barco,
Que en rumbo el mar divide
Hacia los lares patrios.
Y acaso entre sollozos
Bañadas en su llanto,
Recuerdan la alta cumbre
Del Líbano argentado,
Las encrespadas olas
Del turbulento lago
De Tiberiades, donde
Jesús, con firme paso,
En medio á la tormenta,
Al barquichuelo náufrago
Llegó, do sus amigos
Lloraban angustiados,
En la borrasca impía
Viendo su fin cercano;
O del feliz Carmelo
Los picos azulados,
Que acaso se confunden
Con el etéreo espacio.
Y brota de sus ojos
Amargo y crudo llanto,
Mientras el rumbo siguen
De algun velero barco,
Que en medio al remolino
Del piélago salado,
Navega magestuoso
Hacia los lares patrios.

V.

Mas luego de la vida
Volvia la celeste desterrada
A la afanosa realidad; y unida
A la de *Magdalum*, jóven amada,
Llevaba ardiendo en amoroso anhelo
El bálsamo divino del consuelo
Del mendigo á la choza derruida;
A la infeliz guarida
Del leproso, á la vista repugnante,
Como madre solícita, anhelante,
Que en el seno materno al hijo caro
Guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorria,
Y á la ilorosa viuda consolaba;
Y, pobre de tesoros terrenales,
Con los menesterosos compartia
Los bienes celestiales
Que en su gran corazón atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas
De la alma compasion, cuando su pecho
Cumplido habia; al templo do el cristiano
De contricion en lágrimas deshecho,
A aquel de soberanos soberano
Sus preces elevaba,
Con *Magdalena* y *Juan* se encaminaba.

Y su divino labio; allí á torrentes,
De la fé las verdades elocuentes
Copioso derramaba
Sobre los fieles á su voz unidos,
Que escuchaban, de gozo enardecidos,
De su divino acento
El fecundo y piadoso enseñanza.

Jamas aquella ley hija del cielo,
Cuya base mas firme y mas segura
Es el divino amor, tuvo en el suelo
Tan elocuente explicacion: la impura
Doctrina del pagano, combatida
Por la palabra de virtud y vida;
De su anterior prestigio despojada,
Lidiaba aún, feroz, desesperada,
En sus ciegos furoros,
Moribunda en verdad, mas no vencida.

Aun surgen los altares
De los nefandos númenes traidores,
Coronados de ofrendas y de flores:
Millares de millares
De hombres ilusos, al error uncidos,
Y en el mar del pecado sumergidos,
Lidian por el error: la sangre humea
De torpes sacrificios, en las aras
De Moloc y Belial, cuando aun el viento
De la mañana orea
Allá del negro Gólgota en la cumbre
La sangre del Señor, y monte y llano
Aun repiten su acento soberano,
Tibios aún de su divino aliento!

En himnos de placer: el crudo lloro
Cesaba entonces, y en alegre coro
Con unánime voz la bendecian.

VI.

Pero ya la fructífera simiente
De aquel divino sembrador crecía,
A pesar de las recias tempestades
Que del bátrito horrendo la malicia
Contra ella suscitó por mar y tierra,
Con suma esplendidez y lozanía,
La refulgente luz del Evangelio
En estensas regiones difundida,
No habia menester cuidado alguno
Para acrecer su llama siempre viva,
Y la reina del cielo, fatigada
De esta mansion de llanto y agonía,
Volvió los ojos hácia aquellos campos
De perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos
A este destierro de dolor la unian,
Solo quedaba *Juan*: ya *Magdalena*,
Compañera leal y tierna amiga,
Volado habia á la mansion celeste,
En el llanto dejándola sumida:
Como una flor que al postrimero rayo
Del sol en cuya luz su ser bebia,
Cierra el rosado cáliz lentamente
Y sobre el leve tallo cae marchita:
Desde la muerte de *Jesús*, la jóven,
Privada de la fuente de agua viva
En cuyas puras ondas mitigaba
Su abrasadora sed, las purpurinas
Rosas de su semblante, que á las flores
Del plácido vergel dieran envidia,
Perdió.—Jamas sus amorosos labios
Volvieron á dar paso á una sonrisa;
Y poco á poco, sin dolor ni susto,
Ni esfuerzo, fué apagándose su vida,
Como en las ramas de la selva umbrosa,
La brisa de la tarde blanda espira!

Mas antes de partirse á los eternos
Lares, aun visitar quiso *MARIA*
Los santos sitios do la inmensa obra
De nuestra redencion se vió cumplida;
Y el deseo de su alma conociendo
El amado y amante evangelista,
Con ella se embarcó en velera nao
Que enderezaba el rumbo á Palestina.

Serena está la mar: sobre sus olas,
Que las nocturnas auras leves rizan,
Rápida boga la feliz galera,
De su carga inmortal envanecida.
Ya divide orgullosa aquellos mares
De plata y de zafir, que las divinas
Regiones bañan, fortunada cuna
Del arte y de la egregia poesía.
Surge *Chio* del piélago espumoso,
Cual de un arroyo en la argentada linfa

El robusto cimientó
De esclavitud y torpe tiranía,
Donde estaba sentada
La magestad de *Roma*, ya cedia,
No al empuje violento
De la bárbara plebe amotinada;
Ni á la indomable y brusca acometida
Del esclavo que rompe su cadena:
En la sangrienta arena,
En vano fuertes *Catilina* y *Graco*
Por la alma libertad, honor y vida
Espusieron, y en rapto generoso
Su noble sangre derramó *Espartaco*:
—La religion caduca, ya vencida
Del negro paganismo,
Arrastraba el imperio al hondo abismo
Desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,
Esclava del horrendo soberano
Del reino del dolor y la amargura,
Ardiendo en saña impura
A combatir se apresta frente á frente
La palabra de un Dios omnipotente:
Sus fuertes escuadrones,
Sus verdugos prepara y sus leones:
Mas, ¡qué son los tormentos,
Qué el número infinito de soldados,
De los fieles de *Cristo* denodados
Contra los indomables corazones?
No á la lid turbulentos
Ardiendo en torpe cólera se lanzan:
Oponen al furor la mansedumbre
Del divino cordero;
La blanda persuasion al crudo acero;
Y acaso el triunfo alcanzan
Aun só el yugo de férrea servidumbre,
Oponiendo al rencor de su tirano
El amor y paciencia del cristiano.

Miriam fué la columna luminosa
Que en la borrasca impía
De la noche del mal caliginosa,
Fué á la naciente Iglesia claro guía:
Cual madre cariñosa
A los sencillos neófitos mostraba
La eternidad y la excelencia suma
De la ley que su labio predicaba.
Y nunca humana pluma,
Ni humana voz, ni entendimiento humano,
Ni aun de los mismos hombres que vivieron
Al lado de *Jesús*, y de él oyeron
Su celeste doctrina;
Ni el indecible encanto soberano,
Ni la dulzura y persuasion tuvieron
De aquella voz divina.
Las profundas tinieblas que ofuscaban
Aquellas mentes rústicas, cual nieve
Acumulada en el invierno frio
Que derriten los fuegos del estío,
A la voz de *Miriam* se disipaban.

Así al ruido de su planta leve
Los congregados fieles prorrumpian

Levanta acaso el cisne su alba frente
Que á los rayos del sol fúlgida brilla;
Y cuando aun, al fin del horizonte
Se ve como una vaporosa cinta,
Lesbos, la patria del sublime Alfeo
Y de *Safo* la amante poetisa,
En medio de las ondas se levanta,
Cual *Venus* bella, como *Juno* altiva.
Después, la patria de *Esculapio* surge,
La noble *Delos*, *Rodas* la divina,
Y *Chipre*, paraíso del deleite,
Do fué la religion torpe lascivia.
Y en breve, vacilando en el espacio,
Como tal vez el águila atrevida
Cuando cerca del sol se cierne, vióse
Un punto negro en la region vacía:
Era el pico final de la montaña,
Do levantó un profeta en otros días
Altar á *Miriam* y le dió culto;
Al traves de las lóbregas neblinas
De lo futuro, alegre contemplando
A la estrella del mar enaltecida,
Y el viaje prosiguiendo, á la alborada
Serena y pura del siguiente día,
A vela y remo entró la leve nao
En uno de los puertos de la Siria.

MUERTE DE MARIA.

VII.

Era la noche:—en una vasta pieza
De la augusta mansion que viera un día
Raudo bajar desde la suma alteza
El fuego de inmortal sabiduría:
Esplendente de luz y de belleza
Como en su verde edad, se ve á *MARIA*,
La escelsa esposa del Señor amada,
Sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,
En grande multitud, de la divina
Ley, los mantenedores valerosos,
Que ora el dolor mas ímprobo domina:
Allí oscuros aún los que animosos,
Su sangre verterán por la doctrina
Del Cristo, aguardan el fatal momento
En que rinda *Miriam* su último aliento.

Allí *Santiago* el justo su quebranto
Entre calladas lágrimas devora;
Da *Pedro* suelta rienda al crudo llanto
Que su dolor empero no aminora;
Mientras en los pliegues de su griego manto
Oculto *Juan*, inconsolable llora,
Y su dolor exhala en reprimidos
Ayes, y dolientísimos gemidos.

Y á la cárdena lumbre, vacilante,
Que en rojizos manojos despedían

Lámparas que del techo culminante
Cadenillas de bronce suspendían,
Y que como la péndola oscilante,
A compas en lo oscuro se mecían;
Mas vasta parecia aquella escena,
Mas lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso
Que interrumpiera solo algun gemido,
Rompió un acento vago, melodioso,
No semejante á terrenal sonido:
A aquel acento dulce, afectuoso,
Como del seno del Señor nacido,
Del cisne celestial postrero canto,
Cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura
Bajo el ramaje de la selva umbría;
Ni el ruiseñor que canta en la espesura
Al espirar del moribundo día;
Ni el céfiro suave en la verdura
Del prado; ni la multiple armonía
Que en mañana feliz de primavera
Alza á su rey la creacion entera;

Ni el vago son de los tranquilos mares
Cuando las playas besan adormidos;
Ni el rumor de domésticos hogares,
Bienes del corazón los mas queridos,
Que en fatigas y turbidos azares
Para siempre juzgábamos perdidos,
Y en velada aromosa de verano
Percibimos confuso en lo lejano;

Ni la voz del amor que al anhelante
Pecho, asegura la feliz victoria;
Ni el clarín de la fama resonante,
Que canta al universo nuestra gloria;
Ni en medio del desierto, al caminante
Que juzga el fin llegado de su historia,
El creciente rumor, ya de él cercana,
Que mueve numerosa caravana;

Y ni el mismo cantar que en el altura
Celestial, la suprema jerarquía
Entona al Creador, puede en dulzura,
Ni en amor, ni en suave melodía
Competir, ni en blandísima ternura,
Con las postreras voces de *MARIA*;
Ni voz alguna en tierra, ó mar, ó cielo,
Jamás á tal dolor dió tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente
Que ha de correr perenne, inagotable,
Sabroso amparo de la humana gente
En la vida del cuerpo deleznable:
Luego, de la bondad omnipotente,
De la futura vida perdurable,
Do, cabe á *Jehová*, los escogidos
Serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,
Mas vivos y fulgentes resplandores

Al extinguirse en derredor derrama;
Así la emperatriz de los amores
Al espirar parece que se inflama
Aun mas en los espléndidos fulgores
De aquella eterna, engendradora lumbre,
Que arde del *Empíreo* en la alta cumbre.

Y esplica á aquellos puros corazones
Del porvenir remoto los arcanos:
Caerán aquellas ínclitas legiones
En que su orgullo fundan los romanos:
Y á pesar de verdugos y leones,
Alzarán vencedores los cristianos,
Signo de redencion al orbe entero,
De Dios el estandarte verdadero.

Y al traves de revueltas tempestades
Y encarnizadas y sangrientas lides,
Triunfarán en desiertos y ciudades
Los del Señor preclaros adalides:
Azotes del error y las maldades,
De la santa verdad nuevos Alcides,
Opondrán el amor y mansedumbre
Al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla
De los soldados del Señor plantada,
Tal como el sol sobre los astros brilla,
Lucirá al universo tremolada:
Y la palabra de verdad, sencilla,
Cual ley universal será acatada,
Y en uno refundidos tantos nombres,
A un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó.—Los dulces ojos
Fijó *Miriam* en la sublime esfera,
Sonriendo al dejar tantos enojos
Que cercan esta vida pasajera:
Y á medio abrir los bellos labios, rojos,
Cual si en el seno del amor durmiera,
Sin fuerza ni dolor voló su alma
A las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos,
De aquel salón los ámbitos poblaron,
Y de fúnebre canto los sonidos
Trémulos en los aires se elevaron:
Los ecos de *Sion* adormecidos,
Al rumor plañidero despertaron,
Y sus cándidas alas desparciendo,
Fueron las graves notas repitiendo.

Quando el próximo sol brilló en el cielo,
En grande profusion preciadas gomas,
Los fieles compitiendo en santo celo
Llevaron, y riquísimos aromas.
Y cubierto el cadáver con un velo
De finísimo lino, por las lomas
Que de *Getsemani* cercan el llano,
Lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar do abierta estaba
La mas afortunada sepultura,

El lecho depusieron que encerraba
Aquella flor de mística hermosura:
El astro vespertino iluminaba
Con trémulo fulgor desde el altura,
La triste escena de dolor y luto,
Del mas piadoso amor postrer tributo:

Y durante los tres primeros días,
Velaron los apóstoles constantes
Del sepulcro en las márgenes sombrías,
Con otros fieles de *Jesus* amantes:
Y de noche las blandas armonías
Repetían los ecos circunstantes,
Que acompañado de sus sistros de oro
Cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el día cuarto, un elegido,
Que de un país tornaba muy lejano,
Y era aquel que tocar osó atrevido
De *Jesus* las heridas con su mano,
Y por ver á *Miriam* era venido,
Obedeciendo á impulso sobrehumano,
Rogó á los otros que la losa alzarán,
Y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos, levantaron
La losa, y con asombro descubrieron
Que no estaba *Miriam* do la dejaron,
Y el sudario vacío solo vieron:
Entonces en el polvo se postraron,
Y las glorias de Dios enaltecieron,
Que quiso sublimar á tanta altura
Una mortal, terrestre criatura.

LA ASUNCION.

VIII.

Es una noche plácida
Del abrasado estío (1);
El viento calla indómito,
Se aduerme el mar bravío,
Y espira el blando céfiro
Entre una y otra flor.

En las azules bóvedas,
De estrellas mil cercada,
Su faz ostenta nítida
La luna nacarada,
El llano y la alta cúspide
Bañando en su fulgor.

Mas del *Empíreo*, súbitos
Raudales se desprenden
De viva luz: mil ráfagas
De fuego el aire hienden,
Y alto cantar de júbilo
Se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las cándidas
Alas de nieve y oro,

(1) La Virgen murió en la noche del 14 de Agosto.

Cruza veloz la atmósfera
Entero el sumo coro,
Hasta el estrecho límite
Del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea
Losa que tanto encierra,
Alzan; los rostros fúlgidos
Humillan á la tierra,
Ciegos al astro vívido
Que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
Que la falange impera,
Y que á la diestra ciérnese
De Dios en la alta esfera,
Bajo el mirar fulmíneo,
Pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
Y fajas purpurinas,
Tras la borrasca lóbrega
Y en tierras ya vecinas,
Surge al cansado náufrago
Del sol la rubia faz:

Así entre lienzos cándidos
Y delicadas flores,
Bañado el rostro límpido
De espléndidos fulgores,
La reina de las vírgenes
Yace dormida en paz.

Entonces los arcángeles,
Espíritus guerreros
Que cabe al trono altísimo
De Dios son los primeros,
Y en cien batallas hórridas
Vencieron á Luzbel;

Sobre sus alas rápidas
Pusieron á MARIA,
Y con cantar melódico,
Por la región vacía,
Mas breves que el relámpago,
Vuelan á do está EL.

IX.

¡El hijo de su amor, el cariñoso
Amigo, el padre y el amante fiel;
El que lloró perdido, tierno esposo,
A cuya planta el sol es escabel!

¡A cuya voluntad generadora,
Del caos tenebroso y á la par,
Lució en el cielo la primer aurora,
Y la tierra surgió del ancho mar!

¡A cuya voz las roncadas tempestades
Conturban los dormidos elementos;
Y se abisman los montes y ciudades,
Convertidos en polvo sus cimientos!

¡Ante cuyo saber la ciencia humana
Es miseria y vacía oscuridad,
Y á cuya omnipotencia soberana
Solo igualan su amor y su bondad!

¡Ahí la aguarda en medio á la cohorte
De espíritus de luz innumerables,
En medio de los grandes de su corte
Y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento
Estará del Supremo Emperador;
Respirará el aliento de su aliento,
Y anegaráse en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío
Por la misericordia y la piedad,
Astro Miriam de amor, sereno y pío,
Lucirá en la infinita eternidad.

CORONA POETICA DE MARIA.

EPILOGO.

I.

Oh tú, cuyo poder creó la luz del día,
Inmenso manantial de amor y poesía
Y santa inspiración;
Un rayo de tu luz á mi anublada mente
Envía, y tu vigor le presta omnipotente
Al débil corazón:

¡Cómo, si no, cantar en lenguas terrenales
Profana inspiración y símiles mortales,
La lumbre perennal,
De aquella blanda luz que cabe á tí destella,
Fuerte como el amor, cual la esperanza bella,
Como la fé inmortal?

No es signo del poder que impera y que cae
Y cuya fuerte voz á la obediencia obliga (toga),
La torpe humana grey:
Símbolo del poder que ampara y que perdona,
Su cetro es la piedad, de amor es su corona,
La súplica su ley.

Fanal encantador, alumbra en lontananza
Al mísero mortal cual sueño de esperanza
Un plácido jardín;
Do cabe al Creador, las almas escogidas,
En goces vivirán inmensos sumergidas,
Y júbilo sin fin.

Da, pues, Sumo Señor, un rayo de tu lumbre,
A mi razón mortal, porque á la escelsa cumbre
Pueda feliz volar;
Y á mi confusa voz, la plácida armonía
Que entonan, al morir del astro rey del día,
El cielo, tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa
Inunde, y tu piedad quebrante poderosa
Mi triste esclavitud;
Que solo así alcanzar pudiera el ronco acento
Que exhala el corazón en afanoso aliento,
A tanta escelsitud.

MARIA AMANTE.

II.

Nació Miriam á este mundo
Tan perfecta y acabada,
Así en las dotes del cuerpo
Como en las prendas del alma.

Que no ya á los flacos seres
De nuestras razas humanas;
Allá en el celeste coro
Pudiera servir de pauta.

Mas si en virtud y hermosura
Y saber fué la mas alta,
A ser en todo perfecta,
Fué en el amor estremada.

Amor, la ley poderosa
Que entre sí encadena y ata
Las partes del universo
Mas distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra
Brotan fecundas las plantas,
Mientras la plata y el oro
Se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos rios
A la mar llevan sus aguas,
Y vuela el ave en el viento,
Y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos
Que en medio al espacio vagan,
En torno al sol, que es su centro,
Amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo
Que es de los cielos monarca,
Hasta el granillo de arena
Que se confunde en la playa,

No hay viviente oriatura,
Ni átomo en la inanimada
Materia, que no se humille
A aquella ley soberana.

Amor es del poderío
Supremo, inmensa palanca;
Vida allá en la eterna altura,
Y en la tierra vida y alma.

Por tanto la suma ciencia
Dió á Miriam parte tan larga
De la llama generosa
Que de sí fecunda mana;

Que no ya la estirpe impura,
Enfermiza y limitada
Del hombre, ni las eternas
Nobilísimas sustancias

Que ante su inmutable trono
En su mismo ardor se inflaman,
De amor en el puro fuego
Pudieron nunca igualarla.

Que entre los ángeles mismos
Prendió la simiente amarga
Que da por amargo fruto
La ingratitud é inconstancia.

Así el arcángel maldito
Ardiendo en soberbia ingrata,
Arrostró las iras sumas
En sacrilega batalla.

Mas al nacer la doncella
De antemano señalada
A ser feliz mediadora
Entre Dios y nuestra raza:

Sobre su cándida frente,
De su amor y de su gracia
Derramó las aguas puras
La potencia soberana.

Y como á tan altas dichas
Después de penas tan árdnas,
Allá en su mente suprema
Jehová la destinaba:

Como incontrastable escudo
En las terribles batallas,
Fé y amor inmensos dióla,
Y dióla inmensa esperanza.

Y el corazón defendido
Con esta triple coraza,
Dijola Dios: "¡Nace al mundo,
Y serás mi esposa amada!"

MARIA CREYENTE.

III.

Hija del amor querida,
Generadora lumbrera
Que guías al débil hombre,
De la vida en las tinieblas;

Consuelo en el infortunio,
Amparo en nuestra flaqueza,

Fuego sacro desprendido
De la omnipotente hoguera:

Virtud de las fuertes almas,
Que á la par de Dios sustentas
La frágil, humana arcilla,
En las mas terribles pruebas:

Sublime fé, que en el trono
De Dios, cabe á Dios te asientas,
Entre las altas virtudes,
La mayor y la primera.

Tú, que siempre en esta cárcel
Humana viviste estrecha,
Hallaste en Miriam un trono
Mas grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos
De la suma Omnipotencia,
Ella sin tú no sería,
Ni existieras tú sin ella.

En anteriores edades,
Eras tú la luz incierta
Que así ilumina el escollo
Como la amiga ribera;

La luz que al náufrago alumbraba
Al rugir de la tormenta,
No de salvarse el camino,
Sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARIA,
Y existiendo al par con ella,
Subiste á ser fé CRISTIANA,
De mentida que antes eras.

Y desde entonces al mundo,
Que sin tú camina á ciegas,
En el cielo, eterno faro,
Alumbras la recta senda;

Mostrándole en lontananza
Allá en la region suprema,
El plácido puerto amigo,
Do hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta vírgen
Que en sus entrañas maternas
Llevó al que es la fuente pura
De la virtud verdadera,

Se abrasó en tu ardiente lumbre
Con tan insigne creencia,
Que ni un punto de su vida
Vaciló su fortaleza.

Y hijos entrambos ojos
Allá donde el Sumo impera,
Al traves de los dolores,
Males y sustos que cercan

Al hombre, y que muy mas crudos
Desgarraron su alma tierna,
En proporcion que escedia
La comun naturaleza:

Siguió impávida el camino,
Si atormentada, serena;
Que en tus raudales bebía
Mas que seráfica fuerza.

Y ora del hijo cercara
Allá en la sublime esfera,
Por dosel tiene su trono,
Por alfombra las estrellas.

Y á los viajeros mortales,
Que arrastran sobre la tierra,
Llenos de pena y zozobras,
Su miserable existencia;

Desde el lugar sublimado
Que de Dios mismo á la diestra
Ocupa, amante sonrie,
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias,
Y nuestras amargas quejas,
Por ella son recibidas,
Y presentadas por ella.

MARIA ESPERANTE.

IV.

De ardiente amor y fé pura
Emanacion altecida,
Como los ángeles bella,
Como los cielos divina:

Virtud que el Omnipotente
Creó con una sonrisa,
Cuando sobre tantos mundos
Sopló el fuego de la vida:

¡Alma Esperanza! del hombre
Leal y constante amiga,
Que de la cuna al sepulcro
Su oscura noche iluminas;

Poder que cuando las otras
Fuerzas del alma se humillan,
Ante el crudísimo embate
Del dolor y la desdicha,

Alza la cándida frente
Que entonces fúlgida brilla,
Y al cansado caminante
Sostiene á un tiempo y le guía.

Tal de las roncadas tormentas
En medio á las crudas iras,
El flaco arbusto se salva
Cuando rota cae la encina.

Y esperando el cumplimiento
De las promesas divinas,
En su puro amor se anega
Y en su firme fé confia.

MARIA DOLIENTE.

V.

¡Dolor, dolor!—Férreo yugo
Que la mano poderosa
De Dios, impuso en la tierra
Contra amor, placer y gloria;

Poder de cuya existencia
Lució la primer aurora
Con el delito primero
Que registran las historias;

Aquella primera falta
Que en la mansion deleitosa
Del perdido Eden, la madre
De la gente humana toda,

A instigacion cometiera
De la serpiente engañosa,
Cuya implacable malicia
Aún nos atormenta ahora;

Crisol donde se aquilatan,
Se depuran y valoran
Las mas ínclitas virtudes
Que el humano pecho adornan;

De la fé sublime escuela,
Contienda de amor heróica,
Do en proporcion del peligro
Mas ilustre es la victoria;

Palenque de la esperanza
Se ejercita y desarrolla,
Pues sin tu embate es inútil
Su fuerza reparadora;

Contrapeso inevitable,
Que á domar nuestra orgullosa
Naturaleza, dispuso
La voluntad creadora;

Poder, en fin, cuya fuerza
A tanto en la vida monta,
Que sin estar adunadas
Las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo
Imágen deslumbradora
De la trinidad suprema
Que el mar y los vientos doma;

A sus tremendos embates
Debilitadas y

Empero, hasta que del mundo
Pisó la cárcel maldita,
Aquella vírgen escelsa
Do el Sumo Sér se reelina:

No fué tu amorosa lumbre
Sino vacilante chispa,
Que al acaso entre tinieblas
Brillaba y desaparecia.

Mas al posarte en el alma
De la muger elegida
A ser de la fé del cielo,
Primera sacerdotisa,

Al complemento llegaste
De tu esencia enaltecida,
Que ella de tí fué en la tierra
Encarnacion peregrina.

Como tú, vírgen y pura,
Casta como tú y sumisa,
Como tú hermosa y modesta,
Fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna
Que allá en la arena intranquila
Del desierto, iluminaba
A la nacion escogida;

Que opaca en las claras horas
Del sol, en la noche umbría
Inmensa faja de fuego
La marcha trazaba escrita:

Así tú al mísero humano,
Fanal perenne, encaminas,
Al traves de este desierto
Borraacoso de la vida:

Mas nunca desde la aurora
Primera, que purpurina
Anunció al vasto universo
Del primer sol la venida,

Animara humano pecho
Tu llama plácida y viva,
Con fulgor tan generoso
Como el pecho de MARIA!

Que nunca hubo criatura
A quien fueran prometidas,
Al traves de tantos males,
Venturas tan inauditas.

Flaca muger, engendrada
De carne mortal, que un dia
Debe ser madre dichosa
De un Dios; pudibunda inclina

La frente, y á los dolores
Inmensos, como á las dichas
Que el mismo Dios le promete,
Valerosa se resigna.